

EL ÁLBUM DE CROMOS

Mi padrino Favila me regaló un álbum de cromos en mi sexto cumpleaños. Era turquesa, con una fina banda ocre en el borde izquierdo y unas motas salteadas que imitaban gemas de purpurina. Arriba del todo, un rótulo con letras mayúsculas marcaba la temática: parejas de ensueño. Me hizo entrega del álbum en el salón, cuando ya había desenvuelto las demás cajas y probaba un kit de cartones y tijeras para fabricar máscaras de animales. Luego me tocó el pelo, dijo que invitaba a los allí presentes a una copa y se bajaron al bar, dejándome a mí a solas para que disfrutase del renovado elenco de juguetes. No sé cómo me las apañé para mezclar los conceptos, quizá por la ansiedad de tener tantos trastos y no poder utilizarlos juntos, pero acabé abriendo el álbum, recortando las pegatinas y formando un universo animado de mitología posmoderna, donde los leones monárquicos tenían cabeza de perro vagabundo y a las princesas dormidas les salía cola. La composición era sencilla: figuras de cuerpo amputado que se recomponían con las piezas de otro personaje.

Como era cada vez más habitual, mi padrino vino a comer a casa a los pocos días y me pidió que le enseñara lo bien que había pegado los cromos en el recuadro. Al principio dudé porque sabía que las tijeras no debían haber intervenido en el proceso, aunque terminé accediendo porque algo me decía que aquello podía ser toda una ocurrencia. Mi padrino pasó las páginas, impertérrito, y al llegar a la última me miró con asombro. Llamó a mi madre:

- Este chico –le dijo– es un verdadero artista.

Gracias a sus palabras comprendí el significado del ego y lo poco que dura el beneplácito del triunfo, porque tan pronto me supe un genio tuve la extraña necesidad de reafirmarme lo antes posible. Por la noche cogí mi linterna y fui al cobertizo del jardín donde mis padres guardaban sus recuerdos, entre los que se encontraba una miríada de álbumes, no de cromos sino de fotografías. En uno de ellos estaba mi madre, más delgada y con más flequillo; y también Favila, con quien no compartía ninguna imagen si no era rodeada de la banda de amigos del instituto. Enseguida tuve la fantástica idea: agarré otro archivador en el que papá y mamá habían guardado las instantáneas de su viaje de novios y corrí a mi habitación.

Estuve toda la madrugada decapitando, uniendo y pegando el busto de Favila. Fui todo lo meticoloso que puede ser un niño a los seis años para que mi padrino volviera a enorgullecerse tanto como lo había hecho con el anterior álbum. A la semana siguiente, con toda la familia a la mesa por el aniversario de mis tíos, me acerqué a ellos con el trabajo de manualidades. Había fotos de Favila besando a mi madre en el cuerpo de papá; fotos de Favila tumbado en la cama, en el cuerpo de papá y sobre mi madre; fotos de Favila en la bañera, en el cuerpo de papá y abrazando a mi madre por el pecho; en definitiva, fotos de Favila y de mi madre juntos, que era de lo que no tenían y que seguro que les haría ilusión. Sobre el mantel de blanda blanca empezaron a ojearlas y a mamá se le atragantó el pescado, Favila tragó tres veces y Papá, que fue el último en mirar, fue tan torpe que escupió el gazpacho en las gafas de la abuela. Me enfadé mucho con él. Por su culpa todos se pusieron en tensión y mi padrino no me dio la enhorabuena por los recortes. Nadie más habló hasta el café y me mandaron a mi cuarto sin que ninguno me hubiese reconocido el mérito.

Al cabo de un rato vino mi madre. Parecía preocupada, con mucha prisa, y solo me hizo una pregunta.

- Hijo, las fotografías del álbum... ¿Has hecho eso porque lo has visto alguna vez?
- No. Nunca –le respondí.

Buen chico, me dijo. Me pellizcó el moflete y cerró la puerta con cuidado, como si pretendiera que no supiesen que había estado ahí. Entonces la oí en la cocina, haciendo ruidos con todos los cacharros y las tazas, mientras papá le comentaba algo y caminaba directo hacia mi dormitorio. Fue como repetir la escena, pero con otro intérprete.

- Hijo, ¿cómo se te ha ocurrido poner a Favila con mamá? ¿Es porque los has visto hacer eso y querías tener unas fotos?
- ¡Qué no! Me acaba de preguntar mamá lo mismo y ya se lo he dicho. No los vi. ¡Me lo he inventado yo solo!

Papá no me hizo ninguna carantoña en la mejilla y tampoco tuvo cuidado. De hecho, creo que su intención con el portazo fue que le escucharan. Luego hubo gritos, muchos gritos, y estuve a punto de salir a gritar yo también. Todos se interesaban por el álbum y ni uno solo me decía lo bien que me había quedado.

Seudónimo: MIGUEL LORA